



ORFEO, EL PADRE DE LOS CANTOS

Por Norma Novoa

El canto es magia, y el que canta con el sentimiento de su corazón abrazado al Señor, transforma las vicisitudes de la vida en manantiales de paz. Las almas piadosas aman el canto espiritual...

*Ada Albrecht
Bhakti Sutras*

Esta alma piadosa que canta con el corazón pletórico de amor, verdadero mensajero del Ser más profundo, es el mítico poeta cuya historia ha sido una fuente de inspiración constante para los creadores y escritores de todas las épocas. Su nombre es Orfeo, cuya figura ha conocido múltiples recreaciones que han despertado un interés enorme por el personaje, marcando influencias en la formación de religiones o movimientos doctrinales. El componente más precioso de la vida de Orfeo es la capacidad de conmover con su música y su decir a todos los elementos de la naturaleza, e inclusive, cautivar no sólo la atención de los hombres sino también las de los propios

dioses. Podría decirse que él es la encarnación de la música, cuya potestad conmueve y convence a todos conquistando sus voluntades.

Orfeo sabe entender el lenguaje de la naturaleza y hablarle en su propio idioma, utilizando la música para comunicarse con ella. En esta capacidad reside su poder. Así sucede en los testimonios que narran, muchos autores y poetas, sobre su viaje con los Argonautas: cuando Orfeo se encuentra cantando a bordo de la nave, los peces y los pájaros, se sienten atraídos, lo mismo sucede cuando con su música calma una tempestad. La capacidad musical, además está intensificada con el verbo, a sus palabras se le atribuyen poderes mágicos capaces de doblegar voluntades, cantando acompañado de la lira, ejerce el poder de conmover toda clase de cuerpo y alma, como por ejemplo, forzar a separarse a las rocas que se entrechocan, para que el barco de los Argonautas pueda pasar a salvo entre ellas. Cuando Orfeo opera sobre las voluntades de los seres humanos, lo fundamental es su voz, su palabra. Esta facultad tiene su mejor manifestación en el contexto del viaje de los Argonautas, donde entonando un himno consigue restablecer la paz entre los navegantes poniendo fin a una disputa, calmando sus ánimos; con su canto, consigue que los remeros no se cansen al desempeñar su trabajo, y por otro lado, también realiza fun-

ciones religiosas como alzar un altar en honor de Apolo e iniciar a los Argonautas en los Misterios Sagrados.

El encantamiento del paisaje es exactamente lo que Orfeo genera con su música, lanzando un benigno hechizo sobre la naturaleza y trayendo la paz a los hombres. Como parte de una celestial misión, reforma el culto de Dioniso, persuadiendo a sus seguidores para abandonar sus sacrificios sangrientos. Su música, ha tenido siempre el inexplicable poder de tocar el corazón y exaltar el espíritu. El efecto asombroso de sus palabras actúa sobre todos, incluso sobre los dioses. Reúne dos condiciones fundamentales, que el resto de los héroes de su entorno, no poseen, y que hacen de él un personaje único: por un lado, es el “Padre de los cantos”, famoso por su extraordinaria poesía musical; por otro, es uno de los pocos héroes que bajó vivo al Hades (Submundo) y, tras contemplar lo que allí acontece, vuelve a este mundo para poder contarlo. Estos dos factores hacen de él, el héroe más apropiado para atribuirle una poesía teologal, que busca la salvación de las almas. Orfeo, es ese cantor que va y viene del reino de la muerte cargado de inefables secretos, es una figura que se adentra en la misma concepción religiosa. La organización y el secretismo de su culto son características que comparte con el dios del vino, el divino Dioniso. En un claro contraste con la religión oficial, sus Misterios se

desarrollan fuera de la vista del profano y aseguran a los iniciados la eterna felicidad.

La labor de Orfeo como maestro no es algo ajeno a su leyenda, pues son muchos los discípulos ilustres que se le atribuyen, el más famoso de todos es Museo (poeta y músico, autor de varios himnos), quien habría aprendido de él todo lo relativo a las creencias religiosas. Enseñó a Heracles (Hércules) la escritura y la sabiduría, el conocimiento sobre los dioses y el Más Allá.

El canto de Orfeo es la adaptación humana de la naturaleza como fuerza sutil que se mueve, circula y palpita, que se comunica y expresa dentro del tejido vibrante del espacio, expandiendo sin estrecheces, la sonoridad continua de la naturaleza. Su lenguaje no irrumpe el rumor sonoro de la vida, sino que acompaña e intensifica este rumor, lo que lo convierte en un pacificador que enseña a los hombres la maravillosa creación divina.

La historia de Orfeo dará lugar a una corriente filosófico-religiosa conocida como teología Órfica. Ésta sostiene que el Padre de los cantos, en su regreso al mundo de los vivos, ha develado la manera de llegar a la tierra de los Bienaventurados (Campos Elíseos), evadiendo los obstáculos con los que se encuentran las almas tras la muerte. Este pensamiento tuvo numerosos seguidores, dando nacimiento al orfismo que llega a

ser un modo de vivir, caracterizado por ritos de purificación. La teología Órfica ofrece una explicación de los orígenes de la vida, del hombre y su destino. El pensamiento griego va a estar muy influenciado por esta teoría, pues responde a las necesidades espirituales que las religiones tradicionales no logran satisfacer.

Este enigmático personaje, al que llaman “Padre de los cantos”, habría vivido hace más 3000 años, pero la historia lo sumerge en un nebuloso pasado que no va más allá del siglo VI a.C., porque en esa época alcanzan gran difusión los llamados himnos órficos, que influyen sobre todas las personalidades notables de la época, desde Píndaro hasta Platón, coincidiendo con el fenómeno cultural de los presocráticos. El orfismo, nacido de este místico poeta, como doctrina va a ser reconocido a partir del siglo V a.C., después que algunos filósofos, como Empédocles y Pitágoras, se refieren a él con la suficiente autoridad y de modo explícito, reconociendo una teogonía comprendida en los llamados himnos órficos. Jámblico, Porfirio, Plutarco, Pausanias, Virgilio y Ovidio, entre otros, mencionan y emparentan continuamente profundas cuestiones filosóficas con el Orfismo y manifiestan un profundo y reverente recuerdo de la figura de Orfeo.

Sus enseñanzas, basadas en el mito dionisiaco, se refieren principalmente al estado de tránsito en que se encuentra el al-

ma y, por lo tanto, a su transmigración de vida en vida, en un peregrinaje purificador, conducente al reencuentro con Dios. Presentando, de este modo, una forma de vida, de disciplina y purificación, además de la realización de ciertas ceremonias de innegable preparación y fortalecimiento psicológico. El hecho de que diversos pseudo-profetas se dedicaran a pregonar doctrinas de salvación, motiva que autores de la talla de Platón hicieran una crítica, no al orfismo en sí, sino al uso popular de sus ritos. Pitágoras, el maestro de Samos, es el presocrático que todos los autores, antiguos y modernos, señalan como el más cercano al orfismo. Se dice que la esencia de sus doctrinas se encuentra impregnada del sentido de trascendencia de los misterios órficos. Los Versos áureos, recopilación de las enseñanzas de este filósofo, contienen los preceptos morales, filosóficos y religiosos del llamado Hyerós-Logos (Palabra Sagrada, conjunto de poemas órficos sobre los dioses, el alma y el más allá).

Las tradiciones órficas se basan en los “Himnos Sagrados”, que el propio poeta y otros míticos cantores, como Museo, han dejado como guía para las almas, reorganizados y sistematizados a finales del siglo IV a.C. En ellos, el mito de Dioniso Zagreo, el dios que muere en manos de los Titanes, constituye su elemento central. El uso ritual de la poesía órfica es para llegar al éxtasis, pero en realidad es el éxtasis y su consecuente esta-

do de embriaguez divina, lo que hace surgir la poesía de Orfeo, y este éxtasis está vinculado con la figura de Dioniso.

El orfismo, con sus doctrinas místicas, surge en el terreno de los llamados Misterios Dionisiacos. Esta vinculación con Dioniso, los hace también cercanos a su relación con la Sabiduría misma, ya que en este Dios, la vida se manifiesta como Sabiduría. Sin renunciar a su ímpetu vital, el conocimiento que deriva de su divinidad está apuntando a la experiencia inefable de la totalidad, sin excluir el extremismo y la contradicción, características principales de su naturaleza. El contacto con el dios en su culto, reúne manifestaciones que abarcan, desde el impulso vital, hasta el control de las emociones; la fuerza con la que el dios toma posesión de su fiel produce un quiebre contemplativo y visionario que se manifiesta como “éxtasis”, que libera en el iniciado un indescriptible conocimiento. Y como fruto de este conocimiento liberador surge también un poder profético esto es, una capacidad intuitiva que nace y procede del propio Dioniso, quien toma posesión del devoto, entregándole su Sabiduría, suma de su Ser.

La vinculación esencial de Dioniso en los Misterios, se da por medio de los mitos que hablan de él, y en relación con la visión contemplativa que despiertan, en el caso del orfismo, es a través de la figura del propio Orfeo, pues como poeta y músico que es, canta la historia del dios y de esta manera conduce al

Conocimiento Supremo. Ahora bien, en la tradición órfica, la imagen Dioniso se presenta como el niño indefenso, víctima de la violencia titánica, que mientras juega es destrozado por los Titanes. El juego, por su parte, constituirá en el culto órfico, el modo de manifestarse la sabiduría dionisiaca, que muestra el mundo de la ilusión por medio de imágenes que lo simbolizan, tales como el espejo, objeto con el cual el infante Dioniso, en el momento en que los Titanes se apoderan violentamente de él, contemplaba ensimismado la imagen que lo reflejaba.

Dioniso, al mirarse en el espejo, contempla el mundo como un reflejo de sí mismo. Cuando vio su imagen reflejada se puso a perseguirla, y en consecuencia los Titanes cayeron sobre él dándole muerte, cortando todos sus miembros, los pusieron a hervir y luego lo ingirieron. Pero el atento Señor Zeus, atraído por el olor y enterado de lo ocurrido, convierte en cenizas a los Titanes, los miembros rescatados del dios fueron confiados a Apolo, Señor de la Luz, mientras que el corazón, al que no alcanzaron a devorar, fue confiado a la Prudente Atenea (Minerva).

Al respecto, dice nuestra Madre:

“Los Titanes representarían el mundo material, el cuerpo y sus instintos, en tanto que Dionisos simbolizaría la parte espiritual, elevada, del ser humano. Tengamos en cuenta que los miembros de Dionisos son confiados al dios de la Luz, esto es,

de la Sabiduría, el divino Apolo, y el corazón a su gemela femenina, en una de las claves, Minerva, la diosa del conocimiento, de la ciencia. Se tiene, desde siglos, que el corazón es el asiento de la sabiduría espiritual; y por esto es puesto a buen recaudo confiándosele a Minerva. El corazón, no la mente, es residencia del Dios que late prisionero en el hombre, esto es, su esencia divina. Se habla de las llamadas “doctrinas del ojo” y “doctrina del corazón”: la primera es para todos; la segunda para los elegidos. En referencia a ellas diremos que el corazón de Dionisos era el ser; sus miembros, el intelecto cuando desciende a morar en el mundo de la forma. Así, pues, nosotros somos prole de los Titanes dueños de dos posibilidades: la de hacer que prevalezca en nosotros la vida divina –en este caso estaríamos comulgando con nuestro Baco interior- o bien la terrena, en este caso seríamos meramente traidores a las leyes celestes. El pequeño Baco contemplándose en el espejo: otro símbolo más que nos alcanza el mito sobre el descenso del espíritu a la materia.” (*Los Misterios de Eleusis*)

Para cerrar diremos que Orfeo, además de ser “teólogo”, es también un “filósofo” que toma a la Memoria como expresión del mundo real, Mnemosina nos conduce al origen mismo de nuestros recuerdos, allí donde no ha comenzado aún el tiempo y esa es exactamente la enseñanza mística: el camino que hay que remontar para recuperar la memoria: es decir, nuestra

esencia divina. A Orfeo se lo reconoce como el heredero de los dioses, quien jura cantar hasta el fin de sus días. Cantar para hacer que viva lo que se halla muerto. Para aliviar las miserias humanas y vencer la indiferencia de las cosas. Para canalizar el impulso de las fieras (el ego) y arrullar la esperanza de la libertad (el encuentro con Dios).

¿Cuál era el dios de la religión órfica? No puede haber sino una respuesta: “Dioniso”. Orfeo fundó una especie particular de religión báquica. Dioniso siempre ha sido su centro. Desde la necesidad de comprender la vida humana y encuadrarla en esos procesos cíclicos de la naturaleza, es de donde emerge la figura de este dios, como el Señor de salvación, quien asegura a los hombres que no verán su vida limitada a los estrechos márgenes del nacimiento y la muerte, y es Orfeo, como gran poeta y músico, quien apaciguará a las fieras insistentes de nuestro ego.

Es así como el vínculo de Orfeo con Dionisos se da, fundamentalmente, con la música. Orfeo, como cantor apolíneo, produce con su lira un apaciguamiento o embelesamiento; mientras que, el retumbar de flautas, panderetas y tirsos de Dioniso, despiertan el fervor religioso. Ambos, tienen en común que producen impactos en el alma de quien los escucha. El hecho de que la música produzca este tipo de estados en unión con la danza y la devoción, no implica más que en ella se

dé el estado de posesión divina que lleva al iniciado a la contemplación de su Real y Suprema Esencia.

“Algún día todos despertaremos. Algún día, enamorados de la Gran Música del Celeste abandonaremos nuestros densos cuerpos materiales para ser, una vez más, sutiles y maravillosos rayos de luz habitando el Reino de su corazón, donde moran tan sólo las almas compasivas, piadosas y conscientes de su suprema Esencia”.

Ada Albrecht
Cuentos para el alma

Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura
